

Presentación

Solvitur in excelsis: en la cumbre está la solución a la pregunta fundamental sobre qué hay más allá de la muerte. Cuando se llega a la cima de la montaña, se clarifica la ruta de acceso y se superan las dudas que antes nos asaltaban.

Después de la muerte, cada persona encontrará la respuesta a los enigmas de la vida y comprenderá el sentido de cuanto le ha sucedido, así como las implicaciones de sus libres decisiones. Si el amor ha movido su vida, podrá comprobar el bien aportado al mundo, a la convivencia con el prójimo y a sí mismo; por el contrario, si el egoísmo ha pesado más, lamentará el tiempo perdido y la falta de peso en la balanza del Juicio de Dios.

No estamos hechos para la muerte, sino para la vida y una vida inmortal. El instinto humano es certero cuando rechaza admitir que todo acaba con la muerte, como afirman los materialismos teóricos o prácticos a lo largo de la historia. Renunciar a una respuesta definitiva sería lo más

cómodo, pero también lo más cobarde, por no afrontar las preguntas últimas y quedarse en la penúltimidad de la vida, como hacen algunos agnósticos.

Conviene volver sobre las cosas últimas o «novísimos», que nos enfrentan a la vida eterna: ¿qué hay más allá de la muerte?, ¿pueden los hombres levantar su paraíso al margen de Dios?, ¿la lucha entre el bien y el mal es un mito literario o religioso?, ¿la fe en la vida eterna aleja de la vida secular?, ¿es razonable tener fe en la resurrección?, ¿ha modificado la Iglesia su enseñanza sobre el Cielo y el Infierno?

En estas páginas vamos a entrar en los grandes temas que dan luz a la vida en la tierra, resuelven importantes incógnitas, e invitan a la esperanza, porque Dios está a favor del hombre. Nos ha creado para ser plenamente felices en su presencia por el amor: los santos nos esperan y los ángeles nos acompañan en el camino de la vida. Pero hay que batallar por consolidar las virtudes cuya cima está en la caridad, el amor a Dios y al prójimo, la plenitud de la ley, cuando triunfa sobre la tentación del egoísmo.

La esperanza orienta la libertad humana para elegir y adherirse al bien, mientras nos habla del fin de los tiempos, de la resurrección con Jesucristo, de los nuevos cielos y la nueva tierra, de la sonrisa de María en el Cielo.

Tenía razón Juan Pablo II cuando escribió:

«La Iglesia tampoco puede omitir, sin grave mutilación de su mensaje esencial, una constante catequesis sobre

lo que el lenguaje cristiano tradicional designa como los cuatro novísimos del hombre: muerte, juicio (particular y universal), infierno y gloria. En una cultura que tiende a encerrar el hombre en su vicisitud terrena más o menos lograda se pide a los pastores de la Iglesia una catequesis que abra e ilumine con la certeza de la fe el más allá de la vida presente; más allá de las misteriosas puertas de la muerte se perfila una eternidad de gozo en la comunión con Dios o de pena lejos de Él» (*Reconciliación y penitencia*, n. 26).

Y Benedicto XVI respondía a esa misma cuestión diciendo:

«Estas cosas son arduas para los hombres de hoy. Les parecen irreales. En lugar de ellas quisieran respuestas concretas para el ahora, para las vicisitudes de la vida cotidiana. Pero tales respuestas siguen siendo incompletas si no permiten sentir y reconocer también por dentro que yo voy más allá de esta vida material, que existe un juicio, que existen la gracia y la eternidad. En ese sentido debemos encontrar también las palabras y modalidades nuevas para hacer posible al hombre romper la “barrera del sonido” de la finitud» (*Luz del mundo*, p. 186).

Sin pretender hacer un tratado de escatología o estudio teológico de las realidades últimas, abordo aquí puntos importantes de la doctrina sobre la vida eterna con un sentido práctico, de modo que sirva para nuestra conversión y provecho espiritual. Puede ser un texto para meditar durante un retiro o curso de retiro, pues son buenas ocasio-

nes para revisar el presente a la luz del futuro preparado por Dios para los que le aman. Por ello, veremos también cuestiones actuales como la inutilidad de la *reencarnación*, la conveniencia de la *inhumación*, o la *transformación del mundo* al fin de los tiempos. Finalmente, conviene observar que la doctrina sobre esas verdades reveladas ha permanecido sustancialmente inmutable a través de los siglos, desde los Padres antiguos, citados aquí por su importancia, hasta el Magisterio de la Iglesia presentado hoy en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que nos servirá tantas veces como resumen actual de nuestra fe.